

Era de las personas que entendía la tradición no como una herencia sino como una conquista. Viajaba mucho y en sus ensayos ataba muchos cabos, era muy interesante, erudito y explicaba las cosas claras.

JOAN BROSSA

No volveré a los pormenores de esa vivencia única de los primerísimos años cuando —bajo el granizo torrencial encima de la remota casa huérfana, vi al relámpago y lo oí; sobre todo lo oí cuando uno de mis siete hermanitos dijo como un conjuro la palabra primigenia en lo tetrasilábico y esdrújulo de su fulgor: RE-LÁM-PA-GO. Lo cierto es que a contar de ese minuto se me dio para siempre la revelación de la palabra, que pudo mucho más en mí que la coherencia toda del cielo.

Ya hombre, muchos años después vine a leer con cuidado a Heráclito y me fascinó el Fragmento 64 que dice así: "Pero el relámpago gobierna la totalidad del Mundo". Se impone de inmediato la conjetura: ¿puede la irrupción luminosa ofrecernos el dominio de la totalidad? Dejemos la respuesta a los filósofos. Lo más que puedo decir es que ese niño que fui yo —en esa noche de ese invierno de mi Lebu natal— recibió en lo centellante del fenómeno la iluminación del TODO y, desde ahí, del instante. Porque parece haber sido que ese niño hubiera alcanzado a descubrir en el parpadeo algo así como la fijeza en un raptó casi religioso. ¿Por qué razón y ya mucho más tarde, he venido a llamarle a la más extensa de mis colecciones poéticas justamente *Del relámpago*, publicada en México por Jaime García Terrés?

Pertenezco a la promoción literaria chilena de 1938 y dentro de ella al Grupo Mandrágora, con eje en el surrealismo parisino. Me enganché con Mandrágora sin mayor fascinación por el experimento, pero me enganché. Con obsesión de mirón, a ver qué pasaba con esa magia cuya leyenda ya me conocía: *Alraune* en alemán, *Mandrágora officinalis* en los países mediterráneos: una planta herbácea de la familia de las solanáceas como la dulcamara, la patata, la tomatina y el tabaco. Virtudes narcóticas, soporíferas,

afrodisíacas: lo maravilloso, *l'amour fou*, la belleza convulsiva. Raicillas en forma humana, de doble ejemplar: masculino y femenino. Si uno logra arrancar desde el fondo la figurilla femenina sin caer muerto ahí mismo adquiera de golpe el amor, la libertad, la gloria, la fortuna.

En la parca y estricta tradición de nuestras letras, ese momento se distingue por una mayor conciencia crítica del lenguaje y cierto proyecto de diálogo con el mundo, diálogo tal vez más coherente y lúcido, aunque sin duda menos creador que el de los grandes volcanes de la década del 20, más la presencia inmediata —geológica y geográfica— de otros dos grandes animales poéticos sudamericanos: Borges de Buenos Aires, y Vallejo del Perú. Teníamos 21 años, ése 38 y no era poco el desafío. Nuestro intento fue asumir ese legado con dignidad y contribuir a desaldeanizar a Chile o a "desmapochizar al Mapocho", río descolorido, aprendiz más o menos servil del Sena desde cuyas márgenes soñó sin embargo Rubén Darío su gran sueño al cierre del otro siglo.

Dije acaso demasiado sobre aquel plazo genealógico de nuestra invención poética con los nombres progenitores y demasiada insistencia en ese 38 de nuestros veinte años. Pero no contábamos en el minuto ilusorio de esa mocedad con que al cabo de 35 años —cuando la república asesinada— nos matarían sangrientamente la nieve.

Tal vez hablé mucho de Huidobro quien se me da tan próximo a Octavio en el aire de lo hiperlúcido. En efecto, no he conocido a otro que sembrara más libertad en mi cabeza de muchacho. Aunque sí, otro. Otro mucho más joven y mucho más próximo a mi plazo, cuando leí en el *Hijo pródigo* aquel ensayo que todavía leo: "Poesía de soledad y poesía de comunión". Ya estaba ahí el otro grande entre los fundadores de veras, el sigiloso y prodigioso Octavio Paz, que soñaba y pensaba como ninguno de los jóvenes en aquella hora del continente.

Ya estaba ahí ese precursor de lo distinto al cierre de este siglo que se va con nosotros; un fundador estricto. Un pensador en esta lengua que tanto amamos. Eso es él, y más. Un poeta necesario, lo mismo en nuestra España que en nuestra América.

Me honro con haber nacido y haber escrito en el mismo horizonte de tiempo del mexicano, y con publicar mis textos en *Vuelta*. Una vez escribí ese "Urgente a Octavio Paz", en mi libro *Del relámpago*. Ahí le dije casi todo. De veras, hermano mío, somos un parpadeo en la historia. ◀

A 29 de abril de 1998.